

Título de la ponencia: El historiador frente al hecho histórico¹

Oscar Abraham Rodríguez Castillo
Estudiante del Colegio de Historia, FFYL, UANL

Los documentos sin el historiador no son más que viejos papeles olvidados en vías de descomposición. El historiador es quien los rescata del oscuro cajón de un archivo y les da vida al convertirlos en hechos históricos, por tal motivo, debería contar con bases teóricas sólidas antes de enfrentarse a su objeto de estudio, y así poder “dialogar” con el documento de una forma más eficiente. Sin embargo, pareciera que la fundamentación teórica de la Historia fuera como el pariente incomodo de la familia. Esto sucede por lo menos en nuestra facultad, donde la materia de teoría de la Historia se asigna a partir del cuarto semestre de diez por cursar.

Por tal motivo, el propósito de este trabajo es problematizar la relación del historiador con su objeto de estudio. Para ello, pretendo primeramente hacer un breve recorrido sobre la forma en que se ha abordado el *hecho histórico* en diferentes épocas. Posteriormente, hablaré sobre la sombra que la posmodernidad ha traído a la historia al pretender empatarla con la literatura y el posible relajamiento metodológico en que el historiador puede incurrir al dejarse seducir por dicha corriente.

A manera de cierre expondré una reflexión final acompañada de una invitación a los compañeros estudiantes para acercase más a la teoría de la Historia, para hacer una pausa reflexiva al respecto, antes de lanzarnos de lleno y desordenadamente a la búsqueda de documentos para la elaboración de trabajos históricos.

¹ Ponencia presentada en el VI Coloquio de Humanidades de la Facultad de Filosofía y Letras, UANL, celebrado en las instalaciones de la facultad los días 3 y 4 de mayo de 2012.

El historiador y los hechos, una relación añeja

A lo largo del tiempo, el historiador se ha enfrentado de diferente manera a los hechos que investiga. Así, tenemos que los considerados padres de la Historia, Herodoto y Tucídides, parecían estar sometidos a los hechos mismos. Por ejemplo, Heródoto, al definirse como historiador puso límites temporales muy estrechos a su obra al vincularla exclusivamente con lo que él podía atestiguar. (Collingwood, 1988, págs. 23-39)

Me explico, la palabra historia, después de una serie de derivaciones etimológicas, a fin de cuentas se traduce como *el que ve*, o como *el que sabe*, y para poder ver, obviamente se necesita estar presente en el acontecimiento o para saber se requiere haber obtenido la información de algún testigo. (Martinez, 2004, págs. 45-59) Es por eso que los griegos limitaron su quehacer histórico a hechos contemporáneos, los cuales pudieron atestiguar, ya sea personalmente o a través de un número de testigos suficientes que les permitiera sopesar la información recibida.

Con los romanos, los *hechos históricos* adquirieron una función didáctica y fueron colocados a la par de las leyendas y tradiciones populares, mientras que en la Edad Media se convirtieron en pistas, en el “norte” dejado por la providencia con miras al final de los días. El *hecho histórico* se estudió no sólo con la finalidad de conocer el pasado sino también de predecir el futuro. (Collingwood, 1988, págs. 48 - 59)

Cartesianos, ilustrados, marxistas, etcétera, influyeron también en la forma en que el historiador enfrentaba al *hecho histórico*, pero con los ejemplos anteriores basta para mostrar que la relación del historiador con su objeto de estudio ha tenido y tiene un carácter dinámico. Ahora bien, es cierto que para el historiador “el pasado es su tirano, y les prohíbe que sepan de él lo que él mismo no les entrega...” (Bloch,

2010, pág. 62), no obstante, esto que entrega se problematiza, se critica, al grado de que es posible afirmar que el historiador no recibe lo que el pasado le brinda sino más bien lo arrebatata.

El becerro de oro de la historia-ficción

A finales del siglo XIX, Benedetto Croce separó la historia del arte de una forma simple y clara “la historia distingue, cosa que no hace el arte, entre lo real y lo irreal” (Collingwood, 1988, pág. 191) de esta manera, Croce marcó una línea divisoria entre el arte y la historia y, a su vez, también hizo lo propio con las Ciencias Naturales cuya metodología positivista era difícil de seguir por los historiadores.

Durante la primera mitad del siglo XX, historiadores como R.G Collingwood, Marc Bloch sentaron las bases de una Historia que no tenía relación en lo absoluto con el método positivista, el cual situaba la “verdad” histórica en los documentos. Tanto Collingwood como Bloch criticaron duramente el fetiche de los documentos cada uno a su manera: mientras Collingwood profundizaba en la filosofía de la Historia, los escritos de Bloch eran de un carácter mucho más práctico, por ejemplo cómo hacer “hablar” a los documentos y las precauciones y consideraciones que habría de tener al abordarlos. (Bloch, 2010, págs. 81-135)

La Historia avanzaba con paso firme rumbo a la consolidación como ciencia que difería del método de abordar su objeto de estudio al de las Ciencias Naturales. Sin embargo, en las últimas décadas de la centuria pasada, muchos historiadores se dejaron seducir por el *canto de las sirenas* de la Historia-Literatura. Esta corriente artística vio en la Historia al hijo pródigo que regresaba a casa después de una ausencia prolongada y se dispuso a legitimar esta unión.

Así, Paul Ricoeur planteó la similitud de la Historia y la Literatura, argumentando que ésta se escribe en forma narrativa, el objeto de estudio nunca esta frente al historiador y cuestionando la imparcialidad de las fuentes, etcétera. Por su parte, Hyden White la equiparó con la ficción, afirmando que el historiador “narra” la historia del mismo modo como lo hace el novelista, a tal grado que, por ejemplo, el Holocausto podía ser explicado a través de dibujos animados donde los

judíos son caricaturizados como ratones y los nazis como gatos (considero innecesario ahondar en explicaciones). (Corcuera de Mancera, 1997, págs. 341-380) Para no irnos tan lejos, en México, Edmundo O Gorman propuso la fuente única para la explicación de ¡toda una época histórica!, pues, según el autor, "todo escritor tiene el inalienable derecho de plantear sus temas como mejor le convenga con tal que, sin incurrir en una falta de método y lógica, los precise con el debido rigor y condicione sus resultados al inicial planteamiento" (O'Gorman, 1999, pág. 33)

Es así como el historiador "posmoderno" agacha la cabeza ante su nuevo Dios, *El becerro de oro* de la historia como arte. Pero la historia-literatura no propone nada nuevo, salvo la historia como ficción, que los historiadores de finales del siglo XIX y principios del XX no hayan planteado, y no por ello la Historia perdió su carácter de disciplina científica. Para validar lo anterior. Me apoyo en la definición de ciencia planteada por Enrique Moradiellos: "son esencialmente una actividad humana constructiva que produce un tipo particular de conocimiento de las siguientes características: crítico-racional, organizado, sistematizado, transmitido y desarrollado metódicamente" (Moardiello, 1994, pág. 1) Entonces, el problema de no considerar a la Historia como ciencia no es tanto porque no hubiera alcanzado el desarrollo suficiente para considerarla como tal, sino por el hecho de no utilizar el mismo método. Pero ¿cómo usar el mismo método si el objeto de estudio es diferente? Así lo observó Collingwood al señalar que el objeto de la historia no se encuentra en el exterior, sino en el interior del historiador que revive el pensamiento del otro y esto es capaz de hacerlo debido a que el pensamiento que revive es también de un ser humano, en un contexto diferente, pero a fin de cuentas de un ser de su misma especie. (Collingwood, 1988)

Ahora bien, sobre la parcialidad de las fuentes, Edward Carr presentó las preguntas primarias que un historiador debe de hacerse al estar frente a un documento: ¿qué escribió? ¿Quién escribió? ¿En que tiempo escribió? Por consiguiente, un historiador competente no se enfrenta ingenuamente ante los documentos que revisa, va con una preparación, con un cuestionario flexible diría

Bloch, para no ir a tientas, sujetándose firmemente de algo, aunque sea de forma provisional. (Carr, 1993)

Otra de las “similitudes” defendida por los posmodernos para emparentar Historia y literatura es la narración. Así lo afirma tajantemente White, pero ¿qué es una narración primeramente? Consultando varios diccionarios, observo que por narración se entiende lo siguiente: contar hechos que por lo regular son ficticios. Pero la Historia no cuenta hechos, los explica con base en causas y efectos diversos, que organiza de la manera con la finalidad de hacerlos comprensibles al lector; tampoco inventa personajes, por dos razones: primeramente, la vida de personas “ilustres” no es la que le interesa a la Historia científica, importa la historia de las sociedad y sus transformaciones en el tiempo; segundo, no se descarta el papel del individuo en la historia, pero sin perder de vista que éste forma parte de una sociedad, de la cual construye su identidad. Cada sociedad produce sus adulesores y sus antagonistas, por tal motivo para el historiador es impensable estudiar personajes históricos sin considerar la sociedad en la que se desenvuelve. (Carr, 1993, págs. 41-147)

Obviamente nunca podremos convencer a los escépticos para que consideren la explicación causal como verdadera, sin embargo, suponer como los historiadores posmodernos que no hay nada sólido en el pasado, sólo representaciones imaginarias, es como suponer que vivimos en un mundo como el de la película Matrix, donde todo es apariencia, lo cual me parece completamente absurdo.

Por último, la fuente única de O’Gorman, la cual probablemente sedujo a más historiadores, pues rompe las ataduras metodológicas y les da la libertad de escribir sin realizar un trabajo exhaustivo de investigación, derivaría en la multiplicidad de historias, la mayoría de las veces contrapuestas, restando credibilidad a los trabajos históricos.

Si bien es cierto que la Historia se aborda de diferentes enfoques, estos no se contraponen en su totalidad, sino más bien se organizan de manera jerárquica,

pero no rígida, influida por el contexto en el que se escribe. Ante la multiplicidad de historias, es necesario reflexionar y revalorar lo dicho por el historiador inglés Edward Carr “No puede deducirse, del hecho de que una montaña parezca cobrar formas distintas desde diferentes ángulos, que carece de forma objetiva, o que tiene objetivamente infinitas formas”. (Carr, 1993, pág. 36)

En lo particular, esta frase de Carr para mí es un axioma, pues al tenerla presente ayuda a no relajarnos en nuestra búsqueda y construcción, en no renunciar al trabajo “sucio” que encierra la investigación histórica. Pero, además, no sólo es el historiador quien realiza interpretaciones, sino que, al ser la sociedad del presente producto de su pasado, el pasado se presenta en ocasiones de forma contundente que exhibe las interpretaciones hechas a la ligera sobre algún acontecimiento. (Florescano, 2003, págs. 63-88)

Un ejemplo de lo anterior, familiar para quienes vivimos en Monterrey, se presenta cuando revisamos la interpretación de Santiago Roel sobre el “Niño Fidencio”:

A fines de 1927 y principios de 1928, un individuo de escasa cultura, de 20 a 25 años de edad, llamado Fidencio S. Constantino, quien ejercía de curandero desde años atrás en una hacienda del Municipio de Mina, conocida con el nombre de “Espinazo”, adquirió tal celebridad por las maravillosas curaciones que le atribuían las gentes ingenuas de aquella región, que pronto se pobló el lugar de miles de enfermos que acudieron de todas partes del país y del Sur de Texas. Se puso entonces de manifiesto la ignorancia, no solamente de los sencillos campesinos de aquella hacienda y sus alrededores, sino la de numerosas personas de alta posición social que acudieron al curandero en busca de alivio a sus padecimientos, pues los sistemas curativos empleados por el niño Fidencio, como lo llamaban sus creyentes, eran ridículos y aun asquerosos; pero los pacientes los aceptaban con una fe digna de mejores causas. Muchos meses duró la celebridad del curandero, hasta que al fin, como tenía que suceder, todos lo abandonaron al darse cuenta de que se trataba de un caso de sugestión colectiva, muy sorprendente por cierto. (Roel, 1985, pág. 279)

De la cita anterior, retomo la forma de referirse a Fidencio como “un individuo de escasa cultura, de 20 a 25 años de edad” y sobre el método de curación “los sistemas curativos empleados por el niño Fidencio, como lo llamaban sus creyentes, eran ridículos y aun asquerosos” para rematar con: “Muchos meses duró la celebridad del curandero, hasta que al fin, como tenía que suceder, todos lo abandonaron al darse cuenta de que se trataba de un caso de sugestión colectiva, muy sorprendente por cierto”.

Pero más allá de los juicios de valor y de la concepción de cultura elitista del autor, el hecho de dar por “muerto” tal acontecimiento, difiere rotundamente con la realidad, pues hasta la fecha se siguen celebrando las fiestas fidencistas. Así que, o ya llevan velando al muerto cerca de 84 años, o realmente no estaba tan muerto como afirmó Roel.

Es así como podemos ver como los posmodernos no han descubierto el hilo negro de la Historia. Simplemente en algún momento se perdió el rumbo y se dejó de ver a la historia con el dinamismo que la caracteriza, quedando a medias también el andamiaje epistemológico que empezó a construirse desde principios del siglo XVIII con Vico y su Nueva Ciencia. Se desaprovecharon las fisuras de las Ciencias Naturales para consolidar a la Historia como ciencia, cuando Thomas Khun exhibió las debilidades de las leyes de la naturaleza al afirmar que éstas habían dejado de serlo, redefiniéndose más modestamente como hipótesis o regularidades, (Khun, 2004) pero no tanto por cojear del mismo pie en cuanto a que las verdades construidas no son permanentes, sino porque compartimos un mismo dinamismo en cuanto a que los contenidos ya elaborados se replantean y dan origen a conocimientos más sólidos.

No obstante, testarudamente se sigue tratando de someter a la Historia al mismo método utilizado en las Ciencias Naturales, en lugar de defender uno propio. Así lo deja de manifiesto Moradeillos en su desatinada afirmación: “en el llamado

subjetivismo de las ciencias humanas [reside] el menor estatuto gnoseológico de las verdades alcanzadas por esta metodología”. (Moardiello, 1994, pág. 6)

No se puede negar que vivimos en la era posmoderna, en ese sentido, todos los historiadores somos posmodernos. La posmodernidad surge a mediados del siglo XX y se distingue por la pérdida de confianza del hombre racional y el ideal de progreso. Las emociones, los instintos, los factores irracionales que mueven al hombre entran en escena y son reconocidos como parte indisoluble de él. La crisis de la historia se presenta en éste marco, Marc Ferro sintetiza dicha crisis de la siguiente manera:

Desde que las sociedades perdieron sus puntos de referencia, desde que el comunismo y el liberalismo confirmaron su fracaso, se vive actualmente una historia sin horizonte. No se logra diagnosticar el presente, ni descifrar el origen de la crisis ni de sus fallas. Esta incapacidad se manifiesta como una crisis en la disciplina de la historia. (Ferro, 2003, pág. 92)

Si pensamos la historia como una ciencia capaz de predecir el futuro, estaremos de acuerdo con Ferro; sin embargo, considero que la crisis de la historia se debe más a que no hemos logrado erradicar la concepción positivista sobre la misma. Acerca de la finalidad o significado de la historia, Erich Khaler a comienzos de los sesentas argumentó que hay dos tipos de significados: el significado como propósito y el significado como forma. El primero hace referencia hacia el cumplimiento de una meta, mientras que el segundo “representa la unidad de la diversidad dentro de un fenómeno o proceso, una coordinación de partes dentro de un orden estructural”. (Kahler, 1966, pág. 206) en ese mismo tenor, recientemente Carlos Barros mencionó en el manifiesto de *Historia a Debate* que “el futuro está abierto. Es responsabilidad de los historiadores y de las historiadoras ayudar a que los sujetos de la historia construyan mundos futuros que garanticen una vida libre y pacífica, plena y creativa a los hombres y mujeres de todas las razas y naciones.” (Barros, 2003)

Con base en lo anterior, es posible concluir que la finalidad de la historia no se encuentra en predecir el futuro, la finalidad es de “forma” en el sentido que se va

construyendo conforme se va realizando. Es importante recordar que todos, hombres y mujeres, no somos simples espectadores de la Historia, sino agentes históricos capaces de transformar nuestra sociedad. Para ello, requerimos una historia con ética, comprometida en la formación de una sociedad menos polarizada donde las diferencias no den lugar a antagonismos, sino al respeto y la tolerancia.

Consideraciones finales

La Historia como ciencia se encuentra en crisis, o al menos esa es mi percepción, más por lo que hemos dejado de hacer que por lo que hayan propuesto los historiadores posmodernos que comulgan con la historia-literatura. Como ya lo he mencionado, la historia-literatura ha venido a cuestionar la cientificidad de la historia. Por tanto, es importante que los historiadores de este nuevo siglo tomemos la batuta para hacer frente a tales cuestionamientos.

Quizá lo anterior sea más para historiadores ya consolidados. Nosotros, como estudiantes de historia, podemos empezar con una actitud crítica donde las fuentes proporcionadas por el profesor, sean cuestionadas con la finalidad de llegar a una comprensión más completa del hecho o periodo histórico estudiado. También ayuda ser autodidacta, acercarnos a libros de Teoría de la Historia con el objetivo de ir construyendo una base conceptual que lleve, por lo menos, a cuestionar las “modas” que se quieren establecer en la forma de *ver y hacer* la Historia.

No hay que olvidar que las instituciones pueden variar su programa conforme a exigencias o intereses que van más allá de la esfera académica, por tal motivo, los invito a tomar una actitud crítica del programa de estudios, para evitar caer en un letargo intelectual donde sólo recibamos pasivamente del exterior la manera en que debemos entender y hacer la historia.

Bibliografía

Barros, C. (2003). *Manifiesto de Historia a Debate*.

Bloch, M. (2010). *Introducción a la historia*. México, D.F: Fondo de Cultura Económica.

Carr, E. H. (1993). *¿Que es la historia?* Buenos Aires, Argentina: Planeta.

Collingwood, R. (1988). *Idea de la historia* (Decimicuarta reimpresión ed.). D.F, México: Fondo de Cultura Económica.

Corcuera de Mancera, S. (1997). *Voces y silencios en la historia*. Mexico, DF: Fondo de Cultura Económica.

Ferro, M. (2003). *Diez lecciones sobre la historia del siglo XX*. México, DF: Siglo XXI.

Florescano, E. (2003). *La Historia y el Historiador*. México: Fondo de cultura económica.

Gonzalez, L. (1988). *El oficio del historiador*. Zamora, Michoacan: El Colegio de México.

Kahler, E. (1966). *¿Qué es la historia?* México, D.F: Fondo de Cultura Económica.

Khun, T. S. (2004). *La estructura de las revoluciones científicas*. México, D.F: Fondo de cultura económica.

Martinez, L. R. (2004). *Historiadores e historiografía de la antigüedad clásica*. México, D.F: Fondo de cultura económica.

Moardiello, E. (1994). *El oficio del historiador*. D.F, México: siglo XXI.

O'Gorman, E. (1999). *Historiología: Teoría y práctica*. México DF: UNAM.

Roel, S. (1985). *Nuevo León. Apuntes históricos*. Monterrey, Nuevo León: Castillo.